

Antonio Cortés Terzi, militante del PS, reclama una mayor autocrítica de la izquierda:

“Es injusto que a las FF.AA. se les endose la responsabilidad de todo”

Rodrigo Fier

El analista Antonio Cortés Terzi nació en Concepción. En esa ciudad, en 1967 y con sólo 15 años, ingresó a la juventud del Partido Socialista, del que transformó a muy corta edad en dirigente regional. Tras el 11 de septiembre del '73 pasó a la clandestinidad y tomó la dirección del PS en la zona. A fines de ese año se fue a Santiago, y el 4 de marzo del '74 fue detenido por efectivos de la Fach en una casa de seguridad en la Gran Avenida. Pasó por varios centros de prisioneros de la Fuerza Aérea, la Escuela de Especialidades, la Academia de Guerra, una casa en Avenida Apoquindo y finalmente una base en Colina.

El actual director del Centro Avance pasó 10 meses detenido, fue torturado y nunca supo de qué se le acusaba. No pasaron muchos meses desde que salió en libertad hasta que decidió anclarse en la emigración de México. Llegó a ese país el 4 de julio del '75, y no regresó a Chile sino hasta el 11 de septiembre de 1988. A él nunca le ha gustado hablar en público de esta historia. Lo hizo por primera vez en una comentada entrevista

ta a la periodista Mónica González en el portal en internet asuntospublicos.org, del que Cortés Terzi es editor político.

A pesar de su renuencia a rescatar su historia personal con sus análisis políticos, este pasado hace que su crítica a la incapacidad de los dirigentes de izquierda de dejar de mirar los hechos desde el punto de vista de las víctimas y actuar con más distancia a más de 30 años del Golpe de Estado cobren aún más sentido.

Usted ha dicho que los partidos de izquierda no han reconocido la responsabilidad que les cabe en la tragedia del '73. Y que eso tiene que ver con algo concreto: la muerte de sus militantes. ¿Qué tipo de responsabilidad es?

La izquierda ha hecho cierto reconocimiento genérico acerca de las responsabilidades, pero creo que son insuficientes y deberían ser más precisas. Hay un tipo de actitud, en el contexto general sobre lo ocurrido, que evade la responsabilidad por decisiones políticas que se adoptan y que tienen consecuencias sobre la vida humana. Uno conoce muchos casos en que por una decisión política se afectó la vida, que significó en algunos casos la muerte y en otros situaciones muy lamentables como destrucciones familiares, agotamientos de perspectivas personales... Hasta el día de hoy mucha gente que está pagando costos por esas decisiones políticas equivocadas. Y uno tiene derecho a equivocarse en política, pero también tiene que tener la valentía de reconocerlo.

¿Qué decisiones políticas equivocadas?

Un tipo podría ubicarse en el dentro del proceso de la UP. Las apreciaciones acerca de lo que se quería hacer y las condiciones que existían realmente, eso ha sido bastante reconocido por la izquierda. Pero hay decisiones posteriores. Pongo como la política del MIR de llamar a sus militantes a retornar desde el exterior o políticas de la UP trabadas en conductas paramilitares, son decisiones que fueron equivocadas, porque así se demostró después. Y sobre eso no hay un reconocimiento fuerte en comparación a los dolores que eso causó.

Pero las personas involucradas estaban actuando por convicciones y en uso de su libertad.

Hay una cuota de libertad en las decisiones, pero también un elemento de presión moral. Cuando un partido define que tienes que volver a Chile porque esa es la tarea que el partido demanda de ti, existe una presión que limita la libertad.

A pesar de todos esos errores, usted reclama que los dirigentes de la izquierda siguen mirando el pasado desde el punto de vista de las víctimas, y que son incapaces de tomar cier-

Estuvo trece años exiliado en México. Salió de Chile en 1975 tras diez meses de detención y luego de haber sido torturado. Veinticinco años después reclama una mayor autocrítica de la izquierda respecto a su rol en la UP y tras el golpe de 1973. Sobre los derechos humanos propone “ir acotando estos temas en una cierta lógica que, a pesar de que se mantengan los juicios en el tiempo, éstos no irumpan en la vida política cada cierto tiempo”.

ta distancia en sus actuaciones.

Hay una tendencia a mirar así. Lo que reclamo son conductas políticas de los dirigentes políticos. La gente privada, con familiares detenidos desaparecidos tiene todo el derecho a expresar sus sentimientos e insistir en sus demandas. Yo reclamo estrictamente en el plano de las conductas políticas. Y ahí ocurren dos cosas. Primero, ya no estamos tan cerca de los hechos como para no poder juzgarlos de manera objetiva. Van casi 30 años y ha habido una maduración en el tiempo como para empezar a analizar los fenómenos con una carga emotiva mucho menor y con un grado de espíritu analítico mayor. Segundo, creo que en el último tiempo las FF.AA. han hecho gestos muy loables respecto de la búsqueda de la recuperación de las relaciones que deben existir entre los uniformados, la sociedad civil y el gobierno. Y no veo que la izquierda esté aportando en el mismo ritmo y profundidad que los militares en ese sentido. Como persona de izquierda eso me duele, ¿por qué no podemos ser más honrados en el juicio hacia las FF.AA. y reconocer lo que están haciendo?

Para calificar el gesto de las FF.AA. los más suspicaces miran hacia atrás y ven las condiciones en que ese gesto se produjo: la detención de Pinochet, una gran cantidad de oficiales procesados... Y creen que el gesto no se hizo de forma desinteresada.

No importa. En política siempre hay algún interés. Este puede ser altruista o mezquino, pero lo que importa es el efecto que produce y el resultado que ofrece. No hay que ser mago para percibir que la política que han seguido las FF.AA. tiene costos, y naturalmente tiene que haber algún interés. Pero en este caso esos intereses se relacionan con otros que son comunes, como normalizar la

La izquierda, al haber hecho tanto hincapié en Pinochet y en las FF.AA., ha excusado las responsabilidades de los otros actores.

política, restablecer un sentido de Nación o dejar de andar peleándonos y escondiéndonos en historias o descalificaciones.

En el proceso de recomponer las relaciones entre el mundo civil y el militar hay personas a las que les surgen dudas sobre cuánto hay que transar por el lado de las demandas de justicia y verdad.

El tema básico es ir acotando, no dictar un punto final, sino ir acotando estos temas en una cierta lógica que, a pesar de que se mantengan los juicios en el tiempo, éstos no irumpan en la vida política cada cierto tiempo. Por otro lado, creo también que hay una absolutización del concepto mismo de justicia. Algunos cambiaron el manifiesto comunista por la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU. Ese nuevo manifiesto se lee ahora en términos bíblicos, buscando propósitos absolutos sobre algo que es así sólo en el plano de lo abstracto. Pero en la realidad las cosas siguen lógicas distintas.

¿Y cómo se puede acotar el tema para que no altere la vida política?

Partiendo por reconocer que ha pasado suficiente tiempo para pensar de otra manera. El debate debería centrarse en que todo lo ocurrido compromete a la sociedad, porque la sociedad chilena tenía algo que nos llevó a veros envueltos en situaciones denigrantes y honorosas. Hay que preguntarse qué es lo

Las FF.AA. han hecho gestos muy loables. Y no veo que la izquierda esté aportando en el mismo ritmo y profundidad que los militares en ese sentido.

¿Por qué no podemos ser más honrados en el juicio hacia las FF.AA. y reconocer lo que están haciendo?

que había en el alma nacional que nos llevó a eso. Creo que así como se exige verdad, justicia o castigo, hay que introducir un nuevo elemento: la rehabilitación de la sociedad. Hay que pensar cómo nos rehabilitamos a partir del reconocimiento de que había algo entre nosotros que nos impulsó a crear situaciones de esta naturaleza. Eso no está asumiendo por ambos lados se divide a las personas entre los absolutamente inocentes y los absolutamente culpables.

¿Qué cuota le cabe a la izquierda en la creación de ese clima irracional? ¿No ha explicitado su responsabilidad con suficiente fuerza?

Ha avanzado mucho más que la derecha, ha reconocido mucho más que el empresariado, pero ahora se trata de despejar su relación con las FF.AA. Porque la izquierda, al haber hecho tanto hincapié en Pinochet y en las FF.AA., ha excusado las responsabilidades de los otros actores. Entonces los uniformados pagan un costo que es injusto en el sentido de que hay otros sectores que tuvieron un papel relevante y que ahora aparecen muy disminuidos. A las FF.AA. se les ha endosado la responsabilidad de todo, y están pagando un costo mayor al que les corresponde.

En los últimos días, los comandantes en jefe han dicho que las FF.AA. ya hicieron su máximo esfuerzo y que se concentrarán en sus tareas profesionales. ¿Qué más se les puede cobrar tras la mesa de diálogo?

Todavía pueden hacer más. No pido que hagan todos los gestos de una sola vez, porque eso requiere de procesos. Pero hay cosas



Cortés Terzi: “La política del MIR de llamar a sus militantes a retornar desde el exterior o políticas de la UP trabadas en conductas paramilitares, son decisiones que fueron equivocadas. Así se demostró después. Y sobre eso no hay un reconocimiento fuerte en comparación a los dolores que eso causó”.

como la invitación a la ministra Michelle Bachelet (cuyo padre, un general de la Fach el '73, murió estando detenido por oponerse al golpe) al aniversario de la Fuerza Aérea. Eso demuestra que los comandantes en jefe están en esa línea.

¿Por qué cree que a la derecha le ha costado tanto reconocer sus errores?

Hay una neoderrecha que se autocorrió durante el régimen militar de dos cosas: que son los propietarios del país, los salvadores, los que reconstruyeron Chile, y eso los lleva a ser muy soberbios y se proyecta en una suerte de superioridad moral. Eso hace muy fácil caer en fundamentalismos que no dejan espacio para la autocrítica, y que impiden hacer una introspección profunda de lo que ocurrió. Por otra parte, ellos construyeron un discurso que mantuvieron a firme durante 20 años y es muy difícil empezar a destruirlo ahora, cuando algunos de los próceres que colaboraron en su elaboración siguen en la política. Eso significa desarmarlo, que es lo que se atrevieron a hacer las FF.AA. con la mesa de diálogo.

Desde desconocer el Informe Rettig el '91 hasta asumir, 10 años después, que hubo cuerpos lanzados al mar.

Ellos han tenido el valor de empezar a destruir ese discurso. Pero para la derecha, que colaboró mucho en la construcción de las argumentaciones teóricas y doctrinarias del régimen militar, eso significaría decir “bueno, en realidad estuvimos mintiendo 20 años”.

Evitar sobresaltos

Volviendo a la necesidad de acotar y restringir el tema de los derechos humanos, eso fue lo que el ministro Insulza intentó hacer cuando dijo que los propios familiares de las víctimas tenían que poner límite a este reclamo de justicia, y concentrarse en los casos más graves y obviar otros como la tortura. Pero no le fue muy bien...

Así es. Creo que no se actúa con suficiente racionalidad política ni con suficiente visión histórica del pasado y del futuro. Eso empañaría las posibilidades de despejar este tema. Los problemas de DD.HH. están teniendo un

Schaulsohn, Allamand y “el adiós”

Una vez que el tema de los derechos humanos deje de ser un eje central de la política, ¿qué le restará a la Concertación como factor de unidad?

Hay un elemento negativo y que anda dando vueltas en la Concertación. En Chile hay una distorsión en la estructura política que implica una concentración de poder muy grande en la derecha. Si se mira a la derecha como poder político, empresarial, cultural, se nota una desproporción. Y el único contrapeso efectivo es el gobierno. Gobernando la derecha, el poder estaría concentrado a un nivel impensable. La Concertación se está dando cuenta de lo que implica no existir.

¿Pero, por otro lado, los electores comienzan a inclinarse por los “poderosos de la derecha”?

Porque la Concertación ha perdido la capacidad de interpretar las sensibilidades de los sectores más desprotegidos. Ese es el drama de las coaliciones que llevan demasiado tiempo en el poder. La Concertación tiene que recomponer su relación con el mundo popular.

¿Comparte el análisis del documento Schaulsohn-Allamand, en cuanto a esta suerte de “recesión psicológica”?

La expresión no me gusta, subjetiviza el fenómeno, que

es mucho más profundo. Pero me parece valioso porque pone en el debate temas más relevantes para el futuro.

¿Qué le parece la idea de que el oficialismo está gobernado por dos almas enfrentadas, una liberal y otra estatista, incapaces de acordar los puntos más elementales?

Es un problema, pero antes hay que ver la calidad del diagnóstico que hacemos del país. Estamos en un cambio de ciclo muy profundo, en el que cambiará, sin cuestionar el rol del mercado, la modalidad de desarrollo económico. Y en un momento en que se hace urgente debatir cómo modernizar el Estado, cómo reformar las instituciones, cómo afrontar los cambios culturales, ni la mirada progresista ni la liberal tienen resuelto cómo afrontar esos temas. Llevamos 10 años debatiendo la transición política y el debate sobre la transición modernizadora ha quedado subsumido.

Schaulsohn y Allamand creen que los partidos tal como los conocemos son incapaces de afrontar ese desafío.

Los partidos están mostrando síntomas de eso. Pero no son entelequias, sino gente. Hay una generación de dirigentes de la Concertación que lleva muchos años manejando la

política y que comienza a verse agotada. Y el recambio no se produce.

O los partidos se renuevan muy rápidamente o desaparecen.

Ese es un proceso abierto. Los cambios bruscos se producen por efectos esternos. Una muy mala votación en diciembre podría precipitar estos fenómenos. Pero si se mantiene el statu quo, se mantiene el conformismo.

Ahora: la renovación de los partidos es un proceso inevitable. Es perfectamente posible que se produzca lo que Gerardo Arrigada llamó el big-bang de la Concertación. Pero también puede ser un proceso más racional, como lo que están pensando Schaulsohn y Allamand, o el grupo de Foxley en el hotel Las Acacias, o lo que están fraguando otros por ahí, porque este diagnóstico ya se extendió.

Ahora hay gente dentro y fuera de la Concertación que está apostando por el big-bang...

Cuando escribí ese artículo la “Ceremonia del Adiós” traté de anticipar esto. Un proceso de desgaste tan grande que la Concertación decide suicidarse y empieza a despedirse del gobierno. Y despedirse del gobierno es despedirse de muchas cosas, porque si hay un elemento centripeto es la permanencia en el poder.

costo para el gobierno y la sociedad. Cada cierto tiempo el tema irrumpe violentamente en la agenda. Esta se concentra en esas materias, y el tema empieza a abarcar todos los campos.

Hay quienes piensan lo contrario. Que desde hace varios años, y en medio de las máximas turbulencias, el país no ha dejado de funcionar relativamente bien.

El país efectivamente ha funcionado con todos estos problemas. Pero cuando se dice que funciona, en realidad se está pensando en la economía. Yo lo pondría al revés: porque tenemos una economía ascendente, sin grandes sobresaltos, el país funcionaba bien. Creciendo al 7% no había problemas, pero cuando ya no estamos así, cuando los niveles de empleo llegan a los índices que tenemos hoy, naturalmente que este factor sí influye.

¿Cómo?

Hay que hacer un nuevo esturmo modernizador, un reimpulso, una recreación de todo lo que es el desarrollo económico chileno. Y ahora si los factores políticos empujan la búsqueda de ese nuevo proyecto país. No digo que vayamos a paralizarnos por esto, pero distorsiona la agenda política sustantiva y el debate en momentos en que la sociedad tiene que rediscutir infinidad de materias acerca del

desarrollo futuro, que hoy está más o menos cuestionado en su dinámica.

¿Influyó el tema de los DD.HH. y el caso Pinochet en los resultados del primer año de Lagos?

Creo que sí. Tenemos que partir de la realidad. Hay un sector de la derecha, ideologizado y autodefensivo, que no quiere conciliar en nada. Entonces, mientras esté puesto el tema sobre la mesa se agudiza ese conflicto. Tenemos sectores empresariales muy preocupados en este tipo de cuestiones. Y eso empuja todos los demás temas de discusión.

El gobierno ha insistido en dejar el tema en manos de un Poder Judicial que reclama que se le está transfiriendo un problema que los políticos no fueron capaces de resolver. ¿No hace eso más difícil que el tema se despeje rápido?

Entiendo la posición del gobierno, porque tenemos que acostumbrarnos a que las instituciones funcionen. Pero a la vez es contradictorio, porque cuando se habla de derechos humanos, se está hablando de política. Ahora, teniendo esta política de respeto hacia el rol de los tribunales, a la dirigencia política y al gobierno sí les cabe un rol en la creación de un clima de monogamia de las odiosidades que es indispensable para que la justicia opere.

Pero reducir la labor de los políticos a generar este clima es presumir que los jueces van a ser capaces de resolver el problema. ¿Confiar en la justicia no es un poco ilusorio?

La creación del clima no es tan insignificante. Puede facilitar algunas iniciativas que andan dando vueltas y que dependen de decisiones legislativas para que la justicia acote el tema, como los jueces especiales. Cosas que ayudarán para que el problema, sin salir del marco judicial, se haga viable. Así ocurre en Europa, donde todavía están conviviendo con el tema de la II Guerra Mundial, pero acotado, y sin que intervenga ni aturda la agenda política. Eso significa resolver las cosas más sustantivas y aceptar que otras seguirán en el tiempo, pero sin la carga que se les da. A veces a esa carga aportan mucho más los actores políticos que el hecho mismo.